

Sauce ciego, mujer dormida

Al cerrar los ojos percibí el olor del viento. Un airecillo de mayo con turgencias afrutadas. Ahí estaba la piel, y la pulpa, blanda y jugosa, y las semillas. La fruta reventó en el aire y las semillas, convertidas en una nube de blandos perdigones, dieron contra mi brazo desnudo. Atrás, sólo dejaron un dolor tenue.

–¿Qué hora es? –me preguntó mi primo. Como yo le llevaba casi veinte centímetros de estatura, me hablaba con el rostro alzado hacia mí.

Eché una ojeada al reloj de pulsera.

–Las diez y veinte.

–¿Va bien ese reloj? –me preguntó mi primo.

–Yo diría que sí.

Mi primo me tiró de la muñeca y observó el reloj. Sus dedos eran finos y suaves, más fuertes de lo que cabía esperar.

–Oye, ¿es caro?

–No, qué va. Es una baratija –contesté echándole otro vistazo a la esfera.

No hubo respuesta.

Al mirar a mi primo descubrí que me observaba con una expresión de desconcierto. Aquellos dientes blancos que le asomaban entre los labios parecían huesos atrofiados.

–*Es una baratija* –repetí articulando bien cada sílaba y mirándolo a la cara–. *Es una baratija, pero funciona muy bien.*

Él asintió en silencio.

Mi primo es sordo de la oreja derecha. Justo al empezar primaria, una pelota de béisbol le dio en la oreja y su oído se resintió. Pero esto apenas supone un impedimento a la hora de llevar a cabo sus quehaceres diarios. Va a una escuela normal, su vida se desarrolla con nor-

malidad. En clase, a fin de poder orientar hacia el profesor la oreja izquierda, se sienta siempre en el extremo derecho de la primera fila. No saca malas notas. Por lo que respecta a los ruidos ambientales, hay épocas en que los oye bastante bien y otras en las que no. Alternativamente, como el flujo y el reflujo de la marea. Y, muy de vez en cuando, a razón de una vez cada seis meses aproximadamente, pierde casi por completo la audición de ambos oídos. Como si el silencio de la oreja derecha se hiciera más profundo y acabara sofocando los sonidos de la oreja izquierda. Cuando esto sucede, como es lógico, deja de poder llevar una vida normal e incluso tiene que faltar durante un tiempo a clase. Por qué le ocurre semejante cosa no lo saben ni los médicos. Es un caso sin precedentes. Sin tratamiento posible.

–Que un reloj sea caro no quiere decir que sea bueno –dijo mi primo como si intentara convencerse a sí mismo–. El que yo tenía antes era bastante caro, pero funcionaba fatal. Me lo compraron al empezar secundaria, pero al año lo perdí y desde entonces no llevo. Como no han vuelto a comprarme otro...

–Pues debe de ser complicado apañárselas sin reloj, ¿no?

–¿Qué? –repuso mi primo.

–¿No es complicado eso de no llevar reloj? –repetí mirándolo a la cara.

–No tanto –contestó moviendo la cabeza en un ademán negativo–. Yo no vivo solo en medio de la montaña. La hora se la puedo preguntar a cualquiera.

–Sí, claro –dije.

Y volvimos a enmudecer durante unos instantes.

Era consciente de que debería ser un poco más amable con él, hablarle de esto y de lo otro. Intentar disipar el nerviosismo que sentía antes de llegar al hospital. Pero habían transcurrido cinco años desde que nos vimos por última vez. Durante esos cinco años, mi primo había pasado de los nueve a los catorce años, y yo, de los veinte a los veinticinco. Y ese lapso de tiempo había levantado entre nosotros una barrera opaca imposible de atravesar. Me esforzaba en pronunciar las palabras oportunas, pero éstas se negaban a acudir a mis labios. Y a cada balbuceo, a cada omisión, mi primo me miraba con expresión apurada. Con la oreja izquierda ligeramente vuelta hacia mí.

–¿Qué hora es? –me preguntó mi primo.

–Las diez y veintinueve –le contesté.

El autobús llegó a las diez y treinta y dos minutos.

El autobús era mucho más moderno que los de mi época de instituto. El cristal de la ventanilla del conductor era grande; parecía un enorme bombardero desprovisto de alas. Y estaba más lleno de lo que esperaba. No tanto como para que hubiese gente de pie en el pasillo, pero lo suficiente para que no pudiéramos sentarnos juntos. Así que optamos por permanecer de pie ante la salida posterior. De todas formas, el trayecto no era demasiado largo. Lo que yo no lograba explicarme era por qué había tanta gente a aquella hora. El autobús iniciaba su trayecto en una estación de los ferrocarriles privados, recorría una urbanización de la zona alta y volvía a la estación: a lo largo del camino no había ningún lugar de interés turístico ni ninguna institución. Había algunos colegios y, a la hora de ir a la escuela, el autobús estaba siempre lleno, pero a mediodía no tendría por qué estarlo tanto.

Mi primo se agarró con una mano a la barra y yo, a la correa que colgaba del techo. El autobús brillaba, parecía recién salido de fábrica. Los metales relucían, sin una nube que los empañara, tan limpios que podías ver tu cara reflejada en su superficie. El tapizado de los asientos era tupido, y las señales de orgullo y optimismo características de las máquinas nuevas, eran evidentes, incluso, en cada uno de los pequeños tornillos.

Que el autobús fuera nuevo y que estuviese más lleno de lo que yo suponía me desconcertó. Tal vez hubiese cambiado de trayecto sin que yo lo supiera. Recorrí el interior del vehículo con ojos atentos, miré hacia fuera. Pero allí sólo encontré la apacible zona residencial de costumbre.

–Vamos bien con este autobús, ¿verdad? –me preguntó mi primo con inquietud. Tal vez le preocupara la expresión de desconcierto que asomaba a mi rostro desde que habíamos montado en el autobús.

–Sí, tranquilo –le dije, a medias para convencerme a mí mismo–. No hay equivocación posible. Es la única línea que pasa por aquí.

–Antes cogías este autobús para ir al colegio, ¿verdad? –me preguntó mi primo.

–Sí.

–¿Y a ti te gustaba la escuela?

–No mucho –le dije con franqueza–. Pero allí veía a mis amigos, e ir a clase tampoco era tan duro que digamos.

Mi primo reflexionó sobre lo que le había dicho.

–Y a esos amigos, ¿los ves todavía?

–No, ya hace mucho que no he vuelto a verlos –respondí eligiendo las palabras con cuidado.

–¿Y por qué? ¿Por qué no os veis?

–Porque vivimos muy lejos. –No era cierto, pero tampoco tenía otra explicación que darle.

Cerca de mí estaba sentado un grupo de ancianos. Habría unos quince en total. A ellos se debía, en realidad, que el autobús estuviera tan lleno. Los ancianos estaban todos muy morenos. Lucían un bronceado uniforme hasta en el cogote. Y todos, sin excepción, estaban delgados. La mayoría de los hombres vestía camisa gruesa de montaña, la mayoría de las mujeres, una blusa sencilla sin adornos. Sobre sus rodillas descansaban mochilas pequeñas, de esas que se llevan a las pequeñas excursiones a la montaña. Todos los ancianos presentaban un aspecto sorprendentemente parecido. Como si alguien hubiera sacado un cajón de muestras clasificado al detalle y lo hubiera traído tal cual. Pensándolo bien, era muy extraño. Rutas para ir a la montaña, a lo largo de aquella línea, no había ninguna. ¿Adónde diablos se dirigen? Agarrado a la correa, intenté dilucidarlo, pero no se me ocurrió ninguna explicación.

–¿Crees que esta vez me harán daño? –me preguntó mi primo.

–Pues no lo sé –dije–. Apenas he oído nada sobre el tratamiento.

–¿Y tú? ¿Has ido alguna vez al otorrino?

Sacudí la cabeza en ademán negativo. Ahora que lo pensaba, no había ido jamás, ni siquiera una sola vez en toda mi vida.

–¿Las otras veces te ha dolido mucho? –le pregunté.

–No, no tanto –contestó mi primo poniendo cara hosca–. No es que no me haya dolido *nada*, algunas veces me ha dolido *algo*. Pero no se puede decir que me hayan hecho un daño *horroroso*.

–Pues, entonces, esta vez irá igual. Por lo que dice tu madre, no parece que el tratamiento vaya a variar gran cosa.

–Pero si me hacen lo mismo de siempre, esta vez tampoco me curaré, ¿no?

–Vete a saber. A veces las cosas pasan así, por las buenas.

–¿Como si se descorchara una botella de repente? –dijo mi primo.

Le eché una rápida ojeada, pero en su rostro no advertí la menor sombra de sarcasmo.

–Con un médico distinto, todo es diferente y quizás un cambio en el tratamiento, por pequeño que sea, pueda tener una gran importancia. No debes desanimarte tan fácilmente.

–Yo no estoy desanimado –replicó mi primo.

–¿Harto, entonces?

–Pues sí, la verdad –suspiró–. Lo peor es el miedo. Lo más horrible, lo que más miedo me da, no es el dolor en sí, es imaginar el daño que pueden llegar a hacerme. ¿Me entiendes?

–Creo que sí –le respondí.

Aquella primavera me habían sucedido muchas cosas. Debido a una serie de circunstancias había dejado la pequeña agencia de publicidad de Tokio donde había trabajado los últimos dos años. Por esas mismas fechas, había roto con la chica con la que había estado saliendo desde la universidad. Un mes más tarde, mi abuela moría de cáncer de intestino y yo regresaba a esta ciudad, después de cinco años de ausencia, cargado sólo con una pequeña bolsa, para asistir a los funerales. Mi habitación seguía tal como yo la había dejado. En las estanterías se alineaban los libros que yo había leído, allí estaba la cama donde yo había dormido y el pupitre que había usado, los viejos discos que había escuchado. En aquella habitación todo estaba reseco, perdidos el color y el aroma que habían poseído en el pasado. Sólo el tiempo permanecía inalterado, de una manera casi prodigiosa.

Pensaba tomarme unos dos o tres días de descanso tras los funerales y, luego, regresar a Tokio. Tenía contactos y quería ver si se concretaban en un nuevo empleo. También quería mudarme, empezar de nuevo en un decorado distinto. Pero conforme pasaba el tiempo se me hacía más difícil ponerme en pie. No. Hablando con propiedad, aunque me esforzara en moverme, era incapaz de hacerlo. Encerrado en mi habitación, escuchaba mis viejos discos, releía las novelas que había leído mucho tiempo atrás, a veces arrancaba los hierbajos del jardín. No veía a nadie, no hablaba con nadie excepto con los miembros de mi familia.

Un día vino mi tía y me dijo que mi primo iba a iniciar un tratamiento en un nuevo hospital y que si podía acompañarlo. En realidad tenía que haber sido ella quien lo acompañara, pero le había surgido, según me explicó, un compromiso inexcusable. El hospital estaba cerca de mi antiguo instituto y yo conocía bien la zona, además, no

tenía nada que hacer aquel día, así que no había ninguna razón para negarme. Mi tía me tendió un sobre con dinero diciendo que luego nos fuéramos a almorzar los dos juntos.

El motivo por el cual mi primo cambiaba de hospital era porque el tratamiento que recibía en el anterior no había surtido efecto. Peor aún, los periodos en que empeoraba eran cada vez más frecuentes. Cuando mi tía se quejó, el médico apuntó que las causas no pertenecían al ámbito de la medicina, que debían de hallarse en el entorno familiar, y ambos se enzarzaron en una pelea. Hablando con franqueza, nadie esperaba que el cambio de hospital propiciara una súbita mejoría en las condiciones auditivas de mi primo. Nadie lo formulaba en voz alta, claro está, pero lo cierto es que todo el mundo había perdido ya la esperanza de que se recuperara.

Mi primo y yo vivíamos cerca, pero, llevándonos como nos llevábamos más de diez años, jamás habíamos mantenido una relación muy estrecha. En las reuniones familiares, yo me limitaba a sacarlo a pasear o a jugar con él. A pesar de ello, los parientes empezaron a asociarnos el uno al otro. Empezaron a creer que él sentía un cariño especial por mí y que yo sentía, a mi vez, una debilidad especial hacia él. Durante mucho tiempo no entendí la razón. Pero, en aquel momento, al mirarlo con la cabeza un poco ladeada y la oreja izquierda vuelta hacia mí, me sentí extrañamente conmovido. Como el rumor de la lluvia oído largo tiempo atrás, aquella postura envarada caló en mi corazón. Y creí adivinar por qué nuestros parientes se empeñaban en asociarnos el uno al otro.

Cuando el autobús hubo efectuado siete u ocho paradas, mi primo volvió a alzar inquieto los ojos hacia mí.

—¿Falta mucho todavía?

—Sí, tranquilo. El hospital es muy grande, es imposible que nos pasemos de largo.

Yo miraba distraídamente cómo el aire que entraba por las ventanillas hacía ondear con dulzura la visera de los sombreros y los pañuelos anudados al cuello de los ancianos. ¿Quién diablos era aquella gente? ¿Y adónde diablos iba?

—Oye, ¿vas a trabajar en la empresa de mi padre? —me preguntó mi primo.

Lo miré sorprendido. Su padre, es decir, mi tío, poseía una impre-

ta bastante grande en Kobe. Pero yo jamás había contemplado la posibilidad de trabajar en ella. Tampoco me habían hecho ninguna propuesta en ese sentido.

–A mí nadie me ha dicho nada –dije–. ¿Por qué?

Mi primo enrojeció.

–Se me ha ocurrido, así, sin más –respondió–. Pero a mí me gustaría. Así te quedarías aquí. Y todo el mundo estaría contento.

La voz pregrabada anunció por los altavoces la siguiente parada de autobús, pero nadie apretó el botón solicitándola. Tampoco se veía a nadie en la calle esperando.

–Es que tengo cosas que hacer en Tokio –dije.

Mi primo asintió en silencio.

«En realidad, no tengo nada que hacer en ninguna parte. Pero el último lugar donde puedo estar es aquí.»

Conforme el autobús fue subiendo la cuesta de la montaña, las hileras de edificios se hicieron más escasas. El tupido ramaje de los árboles arrojaba una densa sombra sobre la calzada. Empezaron a aparecer casas de estilo extranjero, de paredes pintadas y vallas bajas. El aire era fresco. Cada vez que el autobús tomaba una curva, el mar aparecía bajo nuestros ojos para desaparecer a continuación. Mi primo y yo fuimos siguiendo con la mirada el paisaje hasta llegar al hospital.

Mi primo me dijo que la visita sería larga y que no me necesitaba, que lo esperara en alguna parte. Tras dirigir un breve saludo al médico, salí de la sala de consulta y me dirigí a la cafetería. Aquella mañana apenas había desayunado y tenía el estómago vacío, pero en el menú no encontré nada que me despertara el apetito. Al final, pedí sólo un café.

Era un día laborable por la mañana y en el comedor, aparte de mí, únicamente había una familia. El que debía de ser el padre era un hombre cuarentón, con un pijama a rayas azul marino y unas zapatillas de plástico. La madre y las dos niñas pequeñas, gemelas, estaban de visita. Las dos gemelas vestían idénticos vestidos blancos y ambas estaban inclinadas sobre la mesa con cara muy seria tomándose un zumo de naranja. Las heridas o la enfermedad del padre no parecían ser graves y en el rostro de todos, tanto en el de los padres como en el de las hijas, se reflejaba el aburrimiento.

Al otro lado de la ventana se extendía el césped. El sistema de as-

persión giraba ruidosamente esparciendo sobre la hierba gotas de blancos destellos. Dos pájaros de largas colas y chillido estridente cruzaron el césped en línea recta para desaparecer, al instante, de mi campo visual. En un extremo de la extensión de hierba había unas canchas de tenis, sin redes, y no se veía un alma en ellas. Más allá de las pistas había unas hileras de olmos y, a través de las ramas, se divisaba el mar. Aquí y allá, pequeñas olas centelleaban al sol de principios de verano. El viento que soplaba a través de los árboles hacía oscilar las hojas verdes de los olmos y desviaba levemente la regular aspersión del sistema de riego.

Tuve la sensación de haber visto aquella escena en el pasado, en algún otro lugar. Un amplio cuadro de césped, dos gemelas tomando zumo de naranja, unos pájaros de larga cola que volaban a alguna parte, el mar asomando tras unas pistas de tenis sin red... Pero se trataba de una ilusión. Era una sensación terriblemente vívida e intensa, pero yo sabía que no era más que una ilusión. Era la primera vez que pisaba aquel hospital.

Apoyé los dos pies en la silla de delante, respiré hondo y cerré los ojos. En la oscuridad vi una masa blanca. Se dilataba y contraía en silencio como un microorganismo bajo la lente del microscopio. Mutaba y se multiplicaba, se dispersaba y volvía a agruparse.

Hacía ocho años que había ido a *aquel* hospital. Un pequeño hospital junto al mar. Por las ventanas de la cafetería sólo se veían unos laureles. El edificio era viejo y olía siempre a lluvia. Habían operado del pecho a la novia de un amigo mío y habíamos ido a visitarla los dos. Eran las vacaciones estivales del segundo año de instituto.

No fue una intervención quirúrgica importante. Sólo le corrigieron la posición de una costilla que, de nacimiento, ella tenía ligeramente desplazada hacia dentro. Tampoco se trató de una operación de urgencia, sino de una de esas operaciones ineludibles que, ya que tienes que hacértela un día u otro, te la quitas de encima en cuanto puedes. La intervención en sí fue muy breve, pero después tuvo que hacer reposo, así que permaneció hospitalizada unos diez días. Nosotros dos fuimos a verla al hospital montados en una Yamaha 125 c.c. A la ida condujo él, a la vuelta, yo. Me había pedido que lo acompañara. «No quiero ir solo al hospital», me dijo.

Mi amigo se pasó por la confitería que había enfrente de la estación

y compró unos bombones. Yo me agarraba con una mano a su cinturón mientras, con la otra, asía la caja de los bombones. Aquel día hacía calor y nuestras camisas se empaparon enseguida de sudor para, acto seguido, secarse al viento. Mientras conducía, mi amigo cantaba una cancioncita estúpida a voz en cuello. Aún recuerdo el olor de su sudor. Aquel amigo murió poco después.

La novia llevaba un pijama azul y, sobre los hombros, una fina bata que le llegaba hasta las rodillas. En la cafetería nos sentamos los tres a una mesa, nos fumamos unos Short Hope, bebimos Coca-Cola y comimos helados. Ella tenía mucho apetito y se tomó dos donuts espolvoreados con azúcar y un cacao con toneladas de nata. Ni siquiera después de zamparse todo eso pareció satisfecha.

—Aquí en el hospital te pondrás como una cerdita —dijo mi amigo, atónito.

—Bueno, ¿y qué? Estoy convaleciente, ¿no? —replicó ella secándose con una servilleta las yemas de los dedos, impregnadas de la grasa de los donuts.

Mientras ellos hablaban, yo contemplaba los laureles al otro lado de la ventana. Los arbustos eran tan grandes y tupidos que parecían un bosque. Se oía el rumor de las olas. La barandilla de la ventana estaba oxidada por el aire húmedo del mar. El ventilador que colgaba del techo, una auténtica pieza de anticuario, removía el aire caliente de la estancia. La cafetería olía a hospital. Incluso la comida y la bebida, como de común acuerdo, estaban impregnadas de ese olor. El pijama de la chica tenía dos bolsillos en el pecho. En uno llevaba un pequeño bolígrafo dorado. Cuando se inclinaba hacia delante, tras el escote de pico se veía un pecho liso y blanco al que no le había dado la luz del sol.

Mis recuerdos se detenían en este punto. Intenté recordar qué sucedió a continuación. Me tomé una Coca-Cola, contemplé los laureles, le vi el pecho y, ¿qué ocurrió después? Me removí sobre la silla de plástico y, con la mejilla apoyada en el cuenco de la mano, hurgué en los estratos más profundos de mi memoria. Como si intentara extraer un tapón clavando la punta del cuchillo en el corcho.

Yo aparté la mirada e intenté imaginar cómo los médicos le rasgaban la carne del pecho, cómo introducían los dedos enfundados en

guantes de plástico, cómo le corregían la posición del hueso. Me pareció terriblemente irreal. Igual que una metáfora.

Sí. Luego hablamos de sexo. Fue mi amigo quien lo hizo. ¿Qué dijo? Posiblemente contó alguna anécdota referida a mí. Algún lígüe frustrado o algo por el estilo. Sí, creo que se trataba de eso. Nada del otro mundo, en realidad. Pero lo exageró tanto que ella acabó riéndose a carcajadas. Incluso yo me reí. Mi amigo era muy bueno contando historias.

–No me hagas reír –dijo la novia con una mueca de dolor–. Al reír me duele el pecho.

–¿Dónde? –le preguntó mi amigo.

Ella se apretó, por encima del pijama, un punto en la parte interior del seno izquierdo, justo donde debía encontrarse el corazón. Mi amigo bromeó sobre ello y la novia volvió a reírse.

Miro mi reloj de pulsera. Son las once y cuarenta y cinco minutos y mi primo aún no ha regresado. Como se acerca la hora del almuerzo, el comedor ha empezado a llenarse. Una mezcla de sonidos diversos y de voces envuelve la estancia como si fuera una nube de humo. Regreso a mis recuerdos. Pienso en el pequeño bolígrafo dorado que la novia de mi amigo llevaba en el bolsillo del pecho.

... Sí. Con ese bolígrafo ella garabateó algo en una servilleta de papel. Hizo un dibujo. Pero el papel de la servilleta era demasiado blando y la punta del bolígrafo no se deslizaba bien por su superficie. Con todo, la novia de mi amigo dibujó una colina. En la cima había una casita. Dentro de la casita había una mujer durmiendo. Alrededor de la casa crecían los sauces ciegos. Y eran éstos los que le provocaban el sueño.

–¿Y qué diablos son los sauces ciegos? –preguntó mi amigo.

–Pues esos árboles de ahí.

–Jamás he oído hablar de ellos.

–Es que me los he inventado yo –sonrió ella–. Los sauces ciegos tienen un polen muy fuerte, y cuando unas pequeñas moscas portadoras de ese polen penetran en el oído de una mujer, ésta se queda dormida.

La novia de mi amigo cogió una servilleta de papel y dibujó un sauce ciego. Era un árbol de tamaño similar a la azalea. Tenía flores, pero éstas estaban rodeadas de gruesas hojas verdes. Las hojas recor-

daban un ramillete de colas de lagartija. Los sauces ciegos no se parecían en absoluto a los sauces de verdad.

–¿Tienes tabaco? –me preguntó mi amigo. Le arrojé por encima de la mesa un paquete de Short Hope y una caja de cerillas empapados de sudor.

–Los sauces ciegos parecen pequeños, pero sus raíces son terriblemente profundas –explicó ella–. De hecho, cuando llegan a determinada edad, los sauces ciegos dejan de crecer hacia arriba y empiezan a extenderse hacia abajo. Como si se nutrieran de las tinieblas.

–Entonces, las moscas transportan el polen, penetran en el oído de una mujer y la duermen, ¿no? –dijo mi amigo mientras intentaba trabajosamente encender un cigarrillo con una cerilla húmeda–. ¿Y qué hacen luego esas moscas?

–Se quedan dentro del cuerpo de la mujer y van comiéndose su carne, claro –explicó ella.

–¡Ñam! ¡Ñam! –dijo mi amigo.

Sí. Aquel verano, ella estaba escribiendo un largo poema sobre los sauces ciegos y nos explicó de qué iba. Eran sus únicos deberes de verano. Se inventó una historia basada en un sueño que había tenido una noche y tardó una semana en escribir, en la cama, una larga poesía. Mi amigo dijo que la quería leer, pero ella se negó aduciendo que todavía no había perfilado los detalles y, a cambio, hizo un dibujo y nos explicó el contenido de la poesía.

Un joven subió a la colina para salvar a la mujer dormida por el polen de los sauces ciegos.

–Ése soy yo. Seguro –intervino mi amigo.

Ella sacudió la cabeza.

–No, no eres tú.

–¿Y tú, eso, puedes saberlo? –preguntó mi amigo.

–Sí –dijo ella con la cara muy seria–. No sé cómo, pero lo sé. ¿Te sienta mal?

–Pues, claro. ¡Tú dirás! –dijo mi amigo, medio en broma, frunciendo el entrecejo.

El joven iba subiendo despacio la colina y abriéndose paso entre los frondosos sauces ciegos. A decir verdad, era la primera persona que subía la colina desde que los sauces ciegos se habían adueñado de ella. Con la gorra encasquetada hasta la cejas, el joven avanzaba

ahuyentando con una mano las moscas que pululaban a su alrededor. Para ver a la joven dormida. Para despertarla de su largo y profundo sueño.

–Pero, allá en lo alto de la colina, las moscas ya habían devorado el cuerpo de la mujer, ¿verdad? –dijo mi amigo.

–En cierto sentido –respondió ella.

–Eso de que, en cierto sentido, su cuerpo haya sido devorado por las moscas debe de significar que, en cierto sentido, ésta es una historia triste. Seguro –dijo mi amigo.

–Pues, tal vez –dijo ella tras reflexionar unos instantes–. ¿Qué te parece a ti? –me preguntó.

–Pues que suena, en efecto, a historia triste –respondí.

Mi primo volvió a las doce y veinte minutos. Tenía la mirada perdida y llevaba una bolsa con medicamentos en la mano. Plantado en la entrada de la cafetería, tardó mucho tiempo en localizar mi mesa. Sus pasos eran rígidos, como si le costara mantener el equilibrio. Al tomar asiento frente a mí, aspiró una profunda bocanada de aire, como si hubiera estado tan ocupado que se le hubiese olvidado respirar.

–¿Cómo ha ido? –le pregunté.

–¡Uf! –suspiró mi primo. Aguardé unos instantes a que empezara a hablar, pero no dijo nada.

–¿Tienes hambre? –le pregunté.

Mi primo asintió en silencio.

–¿Tomamos algo aquí, entonces? ¿O cogemos el autobús y vamos a comer a la ciudad? ¿Qué prefieres?

Mi primo recorrió el interior del local con mirada dubitativa y dijo:

–Aquí mismo está bien.

Compré los tiquets y pedí el almuerzo para dos. Hasta que nos trajeron la comida, mi primo estuvo contemplando en silencio el paisaje al otro lado de la ventana. El mar, la hilera de robles, los aspersores: la misma vista, en definitiva, que había estado contemplando yo hacía unos instantes.

En la mesa contigua, un matrimonio de mediana edad, muy atildado, comía unos sándwiches y hablaba de un conocido suyo ingresado por cáncer. De que si cinco años atrás le habían prohibido fumar pero que, al parecer, ya entonces era demasiado tarde, de que si al levantarse escupía sangre, cosas por el estilo. La mujer preguntaba y el

marido respondía. El marido le explicó que, en cierto sentido, el cáncer era el reflejo de la vida de quien lo padecía.

Nuestro almuerzo consistió en hamburguesas y pescado blanco frito. Ensalada y pan. Comimos el uno frente al otro, en silencio. Mientras tanto, el matrimonio siguió hablando con pasión de la génesis del cáncer. Por qué se había extendido tanto en los últimos tiempos, por qué no había sido posible conseguir un medicamento eficaz, cosas por el estilo.

–En todas partes, igual –dijo mi primo con voz carente de inflexión contemplándose las dos manos–. Siempre te preguntan las mismas cosas, todos te hacen las mismas pruebas.

Estábamos delante del hospital, sentados en un banco esperando el autobús. Sobre nuestras cabezas, el viento mecía de vez en cuando las hojas de los árboles.

–¿Y hay veces en que pierdes el oído por completo? –le pregunté a mi primo.

–Sí –respondió él–. Y no oigo nada.

–¿Y qué se siente en esos momentos?

Mi primo se quedó reflexionando con la cabeza ladeada.

–De pronto, va y no oyes nada. Pero tardas mucho tiempo en darte cuenta. No oyes ningún sonido. Como si estuvieras en el fondo del mar con tapones en los oídos. *Eso* continúa durante un tiempo. Mientras, no oyes nada, pero no se trata sólo del oído. No oír es sólo una parte de todo *eso*.

–¿Es desagradable?

Mi primo hizo un breve y categórico gesto negativo con la cabeza.

–No sé por qué, pero no. Tiene inconvenientes, eso sí. No poder oír nada.

Intenté hacerme una idea. Pero ninguna imagen acudió a mi cabeza.

–¿Has visto *Fuerte Apache* de John Ford? –me preguntó mi primo.

–Sí, la vi hace mucho tiempo –respondí.

–El otro día la pusieron en la televisión. Es muy interesante.

–Sí, sí que lo es –asentí.

–Al principio de la película sale un general recién destinado al fuerte. A este general sale a recibirlo un capitán veterano, que es John Wayne. El general no conoce todavía la situación en la que se en-

cuentra el Oeste. Y en los alrededores del fuerte los indios se han rebelado.

Mi primo se sacó del bolsillo un pañuelo blanco doblado y se secó las comisuras de los labios.

—Al llegar al fuerte, el general se dirige a John Wayne y le dice: «De camino hacia aquí he visto a algunos indios». Entonces, John Wayne, con rostro impasible, le responde: «No hay de qué preocuparse, mi general. Si dice usted que ha visto indios, es que los indios no estaban allí». No recuerdo las palabras exactas, pero era algo por el estilo. ¿Entiendes lo que quiere decir?

No recordaba que en *Fuerte Apache* existiera tal diálogo. Me daba la impresión de que era un poco demasiado abstruso para tratarse de una película de John Ford. Pero hacía ya mucho tiempo que la había visto.

—Pues querrá decir que lo que cualquiera puede ver no tiene gran importancia. Vaya, eso me parece.

Mi primo frunció el entrecejo.

—Tampoco acabo de entenderlo yo, pero cada vez que alguien me compadece por lo del oído, no sé por qué, pero me acuerdo de estas palabras: «Si dice usted que ha visto indios, es que los indios no estaban allí».

Me reí.

—¿Es raro? —me preguntó mi primo.

—Sí, lo es —dije. Mi primo también se rió. Hacía tiempo que no lo veía reír.

Tras dejar pasar unos instantes, mi primo dijo como si me confiara algo:

—Oye, ¿puedes mirarme el oído?

—¿Mirarte el oído? —le pregunté con una ligera sorpresa.

—Basta con que lo mires desde fuera.

—Sí, claro. Pero ¿por qué quieres que lo haga?

—Pues, no sé —contestó mi primo sonrojándose—. Es que me gustaría que miraras qué aspecto tiene.

—Vale —dije—. Ahora mismo te lo miro.

Mi primo se sentó dándome la espalda y encaró hacia mí la oreja derecha. Tenía la oreja muy bien formada. En sí, era de pequeño tamaño, pero la carne del lóbulo aparecía abultada como una magdalena recién horneada. Se trataba de la primera vez que le inspeccionaba la oreja a alguien. Observándola con atención pude constatar que, en comparación con otros órganos del cuerpo humano, la oreja es, desde

el punto de vista morfológico, un gran enigma. Presenta, en algunos puntos, pliegues y vueltas hasta lo irrazonable, en otros, protuberancias y depresiones. Posiblemente haya ido adoptando esta curiosa forma en el transcurso de la evolución con el objeto de captar mejor los sonidos, y retenerlos. Rodeado de paredes deformes, parece un único agujero negro que se abre como si fuera la entrada de una gruta misteriosa.

Pensé en las minúsculas moscas del poema de la novia de mi amigo, anidando en los oídos. Penetraban en su cálido y oscuro interior transportando un dulce polen adherido a sus seis patitas, mordisqueaban la rosada y suave carne, sorbían su jugo, ponían sus pequeños huevos en el cerebro. Pero no logré verlas. Ni oír el zumbido de sus alas.

–Ya está bien –dije yo.

Mi primo se dio la vuelta, cambió de posición sobre el banco.

–¿Qué? ¿Qué tal? ¿Ha habido algún cambio?

–Por lo que he podido ver desde fuera no ha cambiado nada.

–¿Tampoco hay ningún indicio, por pequeño que sea?

–Pues, no. Está de lo más normal.

Mi primo pareció decepcionado. Tal vez había pronunciado las palabras equivocadas.

–¿Te han hecho daño durante la visita? –le pregunté.

–No mucho. Como siempre. Todos te hurgan en el mismo lugar. Deben de haberlo desgastado ya. Ni siquiera me da la impresión de que la oreja sea mía.

–¡El veintiocho! –dijo poco después mi primo volviéndose hacia mí–. El veintiocho nos va bien, ¿verdad?

Yo me había pasado todo el tiempo pensando en otra cosa. Cuando le oí y alcé la mirada, vi cómo el autobús tomaba la curva de la cuesta disminuyendo la velocidad. No se trataba del autobús moderno de antes sino de aquel modelo antiguo al que yo estaba acostumbrado. Al frente, colgaba el número 28. Me dispuse a levantarme. Pero fui incapaz de moverme. Los brazos y las piernas, como si estuviera en medio de una fuerte corriente, no me obedecían.

Entonces me acordé de la caja de bombones que llevamos aquella tarde de verano al hospital. Cuando la novia de mi amigo abrió la caja, no quedaba ni rastro de la docena de pequeños bombones, convertidos en una masa pegajosa adherida a los papeles separadores y a la

tapa. A mitad de camino hacia el hospital, mi amigo y yo habíamos detenido la motocicleta en la playa. Nos habíamos tendido en la arena a charlar. Dejamos la caja de bombones bajo el ardiente sol de agosto. Y, debido a nuestra negligencia, a nuestra arrogancia, los dulces se habían estropeado, habían perdido su forma, se habían echado a perder. Aquel día, nosotros deberíamos haber sentido algo al respecto. Alguien, uno de los dos, debería haber dicho algo con sentido, aunque no fuera mucho, sobre aquello. Pero lo cierto es que aquella tarde, nosotros no sentimos nada, intercambiamos algunas bromas estúpidas y nos separamos. Nada más. Y dejamos atrás la colina donde proliferaban los sauces ciegos.

Mi primo me agarró del brazo con fuerza.

—¿Estás bien? —preguntó.

Volví en mí, me puse de pie. Esta vez pude levantarme sin dificultad. Pude volver a sentir en la piel aquella preciosa brisa de mayo. Luego permanecí durante unos segundos en un extraño lugar envuelto en tinieblas. En un lugar donde no existía lo visible y sí existía lo invisible. Unos instantes después, el autobús 28 real se detenía ante nuestros ojos y abría sus puertas reales. Y nosotros pasábamos a su interior y nos dirigíamos a otra parte.

Apoyé una mano en el hombro de mi primo.

—Estoy bien —le dije.

La chica del cumpleaños

El día de su vigésimo cumpleaños también trabajó de camarera, como de costumbre. Le tocaba todos los viernes, pero, de hecho, *aquel* viernes por la noche no debería haber trabajado. Había intercambiado su turno con otra chica que también trabajaba por horas. Lógico. La mejor manera de pasar el vigésimo cumpleaños no es sirviendo *gnocchi* de calabaza y *fritto misto di mare* entre los berridos del cocinero. Pero el resfriado de la compañera con quien debería haber intercambiado el turno empeoró y ésta tuvo que meterse en cama. Con casi cuarenta grados de fiebre y una diarrea imparable, no podía ir a trabajar. Ésa era la situación. Y fue ella quien tuvo que acudir apresuradamente al trabajo.

-No te preocupes -consoló por teléfono a la enferma ante sus disculpas-. No porque una cumpla veinte años tiene que hacer algo especial.

En realidad, la decepción no había sido muy grande. Y una de las razones era que, días atrás, había tenido una seria disputa con su novio, la persona con quien debería de haber pasado la noche de su cumpleaños. Salían juntos desde la época del instituto y la pelea había empezado por una tontería. Pero la historia se había complicado de manera insospechada y, tras corresponder a una palabra ofensiva con otra insultante, y viceversa, ella sintió que se habían roto de manera irreversible los lazos que los unían. En su corazón, algo se había endurecido como una piedra y había muerto. Después de la pelea, él no la había llamado y a ella tampoco le apeteció llamarlo a él.

Trabajaba en un restaurante italiano bastante conocido de Roppongi.* El local databa de mediados de los sesenta y su cocina, pese a ca-

* Elegante barrio de Tokio famoso por sus restaurantes, bares y discotecas. (N. de la T.)

recer del ingenio de la cocina de vanguardia, era excelente, con lo que uno no se hartaba de comer allí. El ambiente era tranquilo y relajado, nada agobiante. La clientela habitual la componían, más que jóvenes, gente madura y, entre ella, se contaban algunos escritores y actores famosos, cosa nada de extrañar en aquella zona.

Dos camareros fijos trabajaban seis días a la semana. Ella y otra estudiante trabajaban a tiempo parcial, por turno, tres días a la semana cada una. Además había un encargado. Y una mujer delgada de mediana edad que se sentaba tras la caja registradora. Se decía que la mujer llevaba en el mismo sitio desde la inauguración del local. Apenas se alzaba de su asiento, como la patética abuela de *La pequeña Dorrit* de Dickens. Cobraba y se ponía al teléfono. No tenía otra función. No abría la boca si no era estrictamente necesario. Siempre vestía de negro. Su apariencia era dura, fría y, de estar flotando en el mar de noche, el barco que hubiese chocado con ella seguro que se habría hundido.

El encargado rondaba la cincuentena. Era alto, ancho de espaldas, posiblemente, de joven, había sido deportista. Ahora empezaba a echar barriga y papada. El pelo, corto y duro, le clareaba un poco por la coronilla. Lo envolvía, en silencio y soledad, el olor propio de los solterones. Un olor a caramelos de eucalipto y papeles de periódico guardados juntos en un cajón. Un tío soltero de la chica olía de la misma forma.

El encargado vestía traje negro, camisa blanca y llevaba pajarita. No una de esas de corchete, sino de las que se anudan de verdad. Era muy diestro y podía hacerse el lazo sin mirar al espejo. Para él, eso era un motivo de orgullo. Su trabajo consistía en controlar las entradas y salidas de la clientela, saber cómo iban las reservas, conocer el nombre de los clientes habituales, saludarlos sonriente cuando venían, escuchar con aire sumiso las posibles quejas, responder con la mayor precisión posible a las preguntas especializadas sobre vinos y supervisar el trabajo de los camareros. Desempeñaba su labor, día tras día, con eficacia. Otra de sus funciones era llevarle la cena al propietario del local.

—El dueño tenía una habitación en la sexta planta del mismo edificio. No sé si vivía allí o si la utilizaba como despacho —dice ella.

Ella y yo hemos empezado a hablar por casualidad sobre nuestro vigésimo cumpleaños. Sobre cómo pasamos el día y demás. La ma-

yoría de la gente recuerda muy bien el día en que cumplió los veinte años. Ella hace más de diez años que los ha cumplido.

–Pero el dueño, vete a saber por qué, no aparecía nunca por el restaurante. El único que lo veía era el encargado, solamente él le llevaba la comida. Los trabajadores subalternos ni siquiera sabíamos qué cara tenía.

–¿O sea que el propietario encargaba todos los días la comida a su propio restaurante?

–Pues sí –dice ella–. Todos los días, pasadas las ocho, el encargado le llevaba al dueño la cena a su habitación. Era la hora en que el local estaba más lleno y que el encargado desapareciera justo en ese momento suponía un problema, pero no había nada que hacer. Así había sido desde siempre. El encargado ponía la comida en un carrito de esos del servicio de habitaciones de los hoteles, lo empujaba con aire sumiso hasta el ascensor, subía y, unos diez minutos después, regresaba con las manos vacías. Una hora más tarde volvía a subir y bajaba el carrito con los platos y vasos vacíos. Y eso se repetía, día tras día, de manera idéntica. La primera vez que lo vi me quedé de piedra. Parecía un ritual religioso. Pero después me acostumbré y dejé de prestarle atención.

El dueño comía siempre pollo. La manera de cocinarlo y las verduras de guarnición variaban según el día, pero tenía que ser pollo. Un cocinero joven me contó una vez que le había servido el mismo pollo asado una semana seguida para ver qué pasaba, pero que no le oyó una sola queja. Con todo, los cocineros intentan siempre idear nuevas recetas y los sucesivos chefs se imponían el reto de cocinar el pollo de todas las maneras posibles. Elaboraban salsas complicadas. Probaban el pollo de distintos proveedores. Pero todos sus esfuerzos resultaban tan inútiles como lanzar piedrecitas en el abismo de la nada. No había reacción alguna. Y todos acababan resignándose a cocinar, día tras día, un plato de pollo corriente y moliente. *Que fuese pollo* era todo lo que se les pedía.

El día de su vigésimo cumpleaños, un diecisiete de noviembre, la jornada laboral se inició como de costumbre. La llovizna que había empezado a caer a primeras horas de la tarde se convirtió, al anocheecer, en un aguacero. A las cinco, el personal se reunía a escuchar las explicaciones del encargado sobre el menú del día. Los camareros debían aprenderse la palabra por palabra, sin llevar chuleta. Ternera a la

milanesa, pasta con sardinas y col, *mousse* de castaña. A veces, el encargado hacía el papel de cliente y los camareros tenían que responder a sus preguntas. Luego comían lo que les servían. No fuera a ser que les sonaran las tripas mientras les anunciaban el menú a los clientes.

El restaurante abría a las seis, pero, debido al aguacero, aquel día los clientes se retrasaban. Incluso hubo quien canceló la reserva. Las mujeres detestan mojarse el vestido. El encargado mantenía los labios apretados con aspecto malhumorado y los camareros, para matar el tiempo, limpiaban los saleros o hablaban con el cocinero sobre la comida. Ella recorría con la mirada el comedor, ocupado sólo por una pareja, mientras escuchaba la música de clavicordio que sonaba a bajo volumen por los altavoces del techo. El profundo olor de la lluvia de finales de otoño invadía el comedor.

Eran las siete y media pasadas de la tarde cuando el encargado empezó a encontrarse mal. Se derrumbó tambaleante sobre una silla y permaneció unos instantes apretándose el vientre. Como si hubiese recibido en la barriga el impacto de una bala. Grasientas gotas de sudor le poblaban la frente.

–Creo que debería ir al hospital –dijo con voz pesada.

Era muy raro que se encontrara mal. Desde que empezó a trabajar en el restaurante, diez años atrás, no había faltado un solo día. Jamás había estado enfermo, nunca se había hecho daño. Ése era otro motivo de orgullo para el encargado. Pero su cara contraída por el dolor anunciaba que la cosa iba en serio.

Ella abrió un paraguas, salió a la calle principal y paró un taxi. Un camarero sostuvo al encargado hasta el taxi, lo ayudó a subir y lo llevó a un hospital cercano. Antes de montar en el taxi, el encargado le dijo a ella con voz ronca:

–A las ocho, lleva la cena a la habitación seiscientos cuatro. Sólo tienes que llamar al timbre, decir: «Aquí tiene su comida», y dejarla allí.

–La seiscientos cuatro, ¿verdad? –dijo ella.

–A las ocho en punto –insistió el encargado. Hizo otra mueca de dolor. La portezuela del taxi se cerró y él se fue.

Tras la marcha del encargado, siguió sin amainar la lluvia y los clientes continuaron llegando sólo de cuando en cuando. Únicamente había una o dos mesas ocupadas a la vez. Así que no representó ningún problema que el encargado y uno de los camareros se hubieran ido.

Si se quiere, puede llamarse a eso buena suerte. No eran pocas las veces en que había tanto trabajo que les costaba controlar la situación aun estando todo el personal reunido.

A las ocho, cuando estuvo lista la cena del dueño, condujo el carrito hasta el ascensor, lo cargó dentro y subió al sexto piso. Un botellín de vino tinto descorchado, una cafetera llena, el plato del pollo, las verduras tibias de acompañamiento, pan y mantequilla: lo mismo de siempre. El denso olor de la carne llenó pronto el pequeño ascensor, mezclado con los efluvios de la lluvia. Al parecer, alguien había subido en el ascensor con el paraguas mojado ya que en el suelo había un pequeño charco.

Avanzó por el pasillo, se detuvo ante la puerta 604 y repitió para sí, una vez más, el número que le habían dado. El 604. Y tras un carraspeo, pulsó el timbre que había junto a la puerta.

Nadie respondió. Ella permaneció inmóvil ante la puerta unos veinte segundos. Cuando se disponía a pulsar el timbre de nuevo, la puerta se abrió hacia dentro, de repente, y apareció un anciano pequeño y delgado. Sería unos siete centímetros más bajo que ella. Llevaba traje oscuro y corbata. La camisa era de color blanco y la corbata tenía la tonalidad de la hojarasca. Pulcro, sin una arruga, el pelo cuidadosamente alisado, parecía listo para acudir a una fiesta de noche. Las profundas arrugas que le surcaban la frente hacían pensar en escondidos valles fotografiados desde el aire.

—Aquí tiene su cena —dijo ella con voz ronca. Y volvió a carraspear ligeramente. El nerviosismo siempre le enronquecía la voz.

—¿La cena?

—Sí. El señor encargado se ha sentido indispuerto de repente y le traigo yo la cena en su lugar.

—¡Ah, claro! —dijo el anciano, como si hablara para sí, con una mano apoyada en el pomo de la puerta—. Ya veo. ¿Así que se encuentra mal?

—Sí. Le ha empezado a doler el estómago de repente. Y ha ido al hospital. Dice que posiblemente se trate de apendicitis.

—¡Vaya! —exclamó el anciano—. ¡Qué mal!

Ella carraspeó.

—¿Desea el señor que le entre la cena?

—¡Ah, claro! —dijo el anciano—. Si tú quieres.

«¿Si yo quiero?», pensó ella. Vaya manera más extraña de hablar. ¿Qué diablos voy a querer yo?

El anciano abrió la puerta de par en par y ella empujó el carrito hacia dentro. Una alfombra gris de pelo corto cubría el suelo por completo y no era preciso quitarse los zapatos al entrar. Parecía más un despacho que una vivienda y se había acondicionado la habitación como un amplio estudio. Por la ventana se veía, tan cercana que casi parecía que pudiera tocarse, la Torre de Tokio* completamente iluminada. Ante la ventana había un gran escritorio y, junto a éste, un pequeño tresillo. El anciano señaló una mesita que había delante del sofá. Una mesita baja de superficie plastificada. Ella dispuso allí la cena. La blanca servilleta de tela y los cubiertos de plata. La cafetera y la taza de café, el vino y la copa, el pan y la mantequilla, y, por fin, el plato de pollo y la guarnición de verduras.

–Vendré a recogerlo todo dentro de una hora, señor. ¿Será tan amable de sacar los platos vacíos al pasillo como de costumbre? –preguntó ella.

El anciano contempló durante unos instantes con profundo interés la comida dispuesta sobre la mesita y, después, respondió como si se acordara de repente.

–¡Ah, claro! Los dejaré en el pasillo. En el carrito. Dentro de una hora. Si así lo quieres.

«Sí, en este momento, eso es lo que quiero», se dijo ella para sus adentros.

–¿Desea algo más el señor?

–No, nada más –respondió el anciano tras pensárselo unos instantes. Llevaba unos zapatos de piel de color negro, bruñidos y brillantes. Unos zapatos de pequeño tamaño, muy elegantes. «¡Qué bien vestido va!», pensó ella. «Y tiene muy buen porte para su edad.»

–Entonces, con su permiso...

–No, espera un momento –dijo el anciano.

–Sí. ¿Qué desea?

–Oye, jovencita, ¿podrías dedicarme cinco minutos de tu tiempo? –preguntó el anciano–. Me gustaría hablar contigo.

«¿Jovencita?» Al oírlo, se ruborizó.

–Sí. Claro. No creo que haya problema. Es decir, si se trata de cinco minutos –dijo. ¡Pero si ella era una empleada suya que cobraba por horas! No se trataba de ofrecer o de quitarle el tiempo a

* Torre de acero de 333 metros de altura. Desde 1958 es la estructura metálica más alta del mundo (la Torre Eiffel de París tiene 320 metros). (*N. de la T.*)

nadie. Además, el anciano parecía una persona incapaz de hacerle daño.

–Por cierto, ¿cuántos años tienes? –preguntó el anciano, de pie al lado de la mesa, con los brazos cruzados sobre el pecho, mirándola directamente a los ojos.

–Pues ahora tengo veinte –dijo ella.

–¿*Ahora* tienes veinte? –repitió el anciano. Y entrecerró los ojos como si estuviera atisbando por una rendija–. Eso de que *ahora tienes veinte* debe de significar que no hace mucho que los tienes, ¿verdad?

–Pues no, señor. Los acabo de cumplir. –Y, tras dudar unos instantes, añadió–: En realidad, hoy es mi cumpleaños.

–¡Ah, claro! –dijo el anciano acariciándose la barbilla como si quisiera convencerse de algo–. ¡Ah, claro! Ya veo. Así que hoy cumples veinte años.

Ella asintió en silencio.

–Justo hace veinte años que, en un día como hoy, tú viste la luz por primera vez.

–Pues sí, en efecto.

–¡Ya veo! ¡Ya veo! –exclamó el anciano–. ¡Qué bien! ¡Felicidades!

–Muchas gracias –dijo ella. Pensándolo bien, era la primera vez que la felicitaban aquel día. Claro que, al volver a su apartamento, tal vez encontrara un mensaje de sus padres desde Ôita en el contestador automático.

–Eso hay que celebrarlo –dijo el anciano–. Es algo magnífico. ¿Qué te parece, jovencita? ¿Brindamos con un poco de vino tinto?

–Muchas gracias. Es que estoy trabajando y...

–Por un poco de vino no pasa nada. Además, si te invito yo, nadie va a decirte nada. Sólo un sorbito, para celebrarlo.

El anciano extrajo el tapón de corcho, le sirvió a ella un poco de vino en la copa, sacó otra copa para él de un pequeño armario con puerta de cristal, una copa normal y corriente, y se la llenó de vino.

–¡Feliz cumpleaños! –dijo el anciano–. Que tu vida sea rica y fructífera. Que ninguna sombra la empañe jamás.

Brindaron los dos.

«Que ninguna sombra la empañe jamás.» Repitió ella para sí las palabras del anciano. ¿Por qué hablaría aquel hombre de forma tan peculiar?

–Veinte años sólo se cumplen una vez en la vida. Y son algo tan valioso, jovencita, que no pueden ser reemplazados por nada.

–Sí –repuso ella. Y bebió, con cautela, un único sorbo de vino.

–Y tú, en un día tan importante como éste, me has traído la cena. Igual que un hada bondadosa.

–Yo me he limitado a hacer lo que me han dicho.

–Incluso así –dijo el anciano–. Incluso así. Hermosa jovencita.

El anciano se sentó en un sillón de piel que había delante del escritorio. Y le señaló el sofá. Ella se sentó en la punta del asiento, todavía con la copa de vino en la mano. Con las dos rodillas juntas, tiró del dobladillo de la falda. Y carraspeó. Miró cómo los gruesos goterones de lluvia trazaban líneas al otro lado del cristal. En la habitación reinaba un extraño silencio.

–Hoy cumples veinte años y, además, me has traído una magnífica comida caliente –dijo el anciano como si quisiera confirmarlo una vez más. Y dejó la copa sobre el escritorio con un golpecito–. ¡Qué dichosa coincidencia! ¿No te parece?

Ella asintió, no muy convencida.

–Así, pues –dijo el anciano, palpándose el nudo de la corbata de tonalidad parecida a la hojarasca–, voy a hacerte un regalo, jovencita. Un día tan especial como el del vigésimo cumpleaños requiere un recuerdo también muy especial.

Ella sacudió precipitadamente la cabeza.

–¡Oh, no! No se moleste, se lo ruego. Yo sólo le he traído la cena porque así me lo han ordenado.

El anciano levantó ambas manos con las palmas vueltas hacia delante.

–¡Oh, no, no! Eres tú quien no debe preocuparse. Es un regalo que no tiene forma. No tiene valor. En fin –dijo posando ambas manos sobre la mesa. Y lanzó un suspiro–. En fin, que voy a satisfacer un ruego tuyo. Mi joven y preciosa hada. Voy a hacer que se cumpla un deseo. El que tú quieras. No importa cuál. Cualquier deseo que tengas. En el caso de que tengas alguno, por supuesto.

–¿Un deseo? –dijo ella con voz seca.

–*Algo que tú quieras*. Lo que tú desees, jovencita. De tenerlos, te concederé uno de tus deseos. Éste es el regalo de cumpleaños que puedo hacerte. Pero se trata sólo de uno, así que tienes que pensártelo muy, muy bien –dijo el anciano alzando un dedo en el aire–. Únicamente uno. Después no podrás cambiar de idea y echarte atrás.

Ella perdió el habla. ¿Un deseo? Impulsada por el viento, la lluvia azotaba a ráfagas los cristales con un sonido desigual. El silencio pro-

seguía. Mientras, el anciano la miraba sin articular palabra. En el fondo de los oídos de ella resonaban los latidos irregulares de su corazón.

–¿Concederme algo que yo desee?

El anciano no respondió a su pregunta. Todavía con las manos unidas sobre el escritorio, se limitó a sonreír. Fue una sonrisa natural y amistosa.

–Jovencita, ¿tienes algún deseo? ¿O no? –dijo el anciano con voz serena.

Ella me mira de frente.

–Esto sucedió de veras. No me lo estoy inventando.

–No, claro que no –digo yo. Ella no es el tipo de persona que se inventa las cosas-. ¿Y qué deseo le pediste?

Ella mantiene por unos instantes la mirada fija en mí. Lanza un pequeño suspiro.

–No vayas a pensar que me creí a pies juntillas todo lo que me decía el anciano. Vamos, que yo, a los veinte años, no creía en cuentos de hadas. Claro que, aun suponiendo que se tratara de una broma que se había inventado sobre la marcha, no puede negarse que tenía su gracia. El anciano tenía mucha clase y yo decidí seguirle la corriente. Aquel día yo cumplía veinte años y no estaba nada mal que sucediera algo fuera de lo normal. No se trataba de si me lo creía o no. –Asiento en silencio-. ¿Entiendes cómo me sentía? El día de mi cumpleaños iba a acabar así, sin más. Sin que pasara nada, sin nadie que me felicitase, sirviendo *tortellini* con salsa de anchoas. ¡Y yo cumplía veinte años!

Asiento de nuevo.

–Te comprendo –digo.

–Así que formulé un deseo, tal como me decía –me cuenta ella.

El anciano permaneció unos instantes mirándola fijamente, sin decir palabra. Seguía con las manos posadas sobre el escritorio. Encima se amontonaban gruesas carpetas similares a libros de cuentas. También había utensilios para escribir, un calendario y una lámpara con la pantalla de color verde. Aquel par de manitas parecía formar parte del mobiliario. La lluvia seguía azotando los cristales de la ventana y, más allá, se veían borrosas las luces de la Torre de Tokio.

Las arrugas del anciano se hicieron un poco más profundas.

–¿O sea que éste es tu deseo?

–Sí.

–Es un deseo muy raro para una chica de tu edad –dijo el anciano–. Lo cierto es que me esperaba otro tipo de cosa.

–Si no puede ser, pediré algo distinto –dijo ella. Y carraspeó otra vez–. No importa. Pensaré en otra cosa.

–¡Oh, no, no! –dijo el anciano levantando ambas manos y agitándolas en el aire como si fueran una bandera–. No hay ningún problema. En absoluto. Sólo que me has pillado por sorpresa, jovencita. ¿Seguro que no deseas nada distinto? Como, por ejemplo, ser más hermosa, o más inteligente, o rica. ¿No te importa no pedir una cosa de esas? ¿Uno de los deseos que pediría cualquier chica de tu edad?

Me tomé mi tiempo para escoger las palabras adecuadas. Mientras tanto, el anciano aguardaba paciente y sin decir nada. Con las dos manos apaciblemente posadas sobre el escritorio.

–Claro que me gustaría ser más guapa, y más inteligente, y rica. Pero si estos deseos se realizaran, no puedo ni imaginar qué sería de mí. Tal vez se me escapara todo de las manos. Yo aún no sé muy bien de qué va la vida. En serio. No sé cómo funciona.

–¡Ah, claro! –dijo el anciano entrecruzando los dedos y descruzándolos a continuación–. ¡Ah, claro!

–¿Mi deseo es posible?

–Por supuesto –dijo el anciano–. Por supuesto. Por mi parte, no hay ningún problema.

De repente, el anciano clavó la vista en un punto del espacio. Las arrugas de la frente cobraron todavía mayor profundidad. Como si los pliegues del cerebro estuviesen concentrados en una idea. Parecía estar mirando algo –una diminuta pluma invisible a nuestros ojos, por ejemplo– que flotara en el aire. Luego extendió ambos brazos, se alzó un poco del asiento y entrechocó las palmas de las manos con energía. Sonó un chasquido seco. Después se sentó. Se palpó suavemente las arrugas de la frente con las yemas de los dedos y esbozó una plácida sonrisa.

–¡Ya está! Tu deseo se ha cumplido.

–¿Ya se ha cumplido?

–Sí, ya se ha cumplido. Ha sido una tarea fácil –dijo el anciano–. Feliz cumpleaños, hermosa jovencita. Sacaré el carrito al pasillo, así que no te preocupes. Puedes volver a tu trabajo.

Montó en el ascensor y regresó al restaurante. Puede que se debiera a que iba con las manos vacías, pero sentía el cuerpo extrañamente liviano, tenía la impresión de estar andando sobre una materia blanda de naturaleza desconocida.

—¿Te ha ocurrido algo? Parece que estés en la luna —le preguntó el camarero joven.

Ella sacudió la cabeza con una vaga sonrisa.

—¿Ah, sí? Pues no me ha pasado nada.

—Oye, ¿y cómo es el dueño?

—Pues, no sé. Apenas lo he visto —respondió ella con indiferencia.

Una hora y media más tarde fue a recoger los cacharros. Estaban sobre el carrito, en el pasillo. Levantó la tapa y vio que, de la comida, no quedaba ni una miga y que la botella de vino y la cafetera también estaban vacías. La puerta de la habitación 604 estaba cerrada sin señal alguna. Ella permaneció unos instantes mirándola en silencio. Le daba la impresión de que iba a abrirse de un momento a otro. Pero no sucedió. Bajó el carrito en el ascensor y lo llevó al fregadero. El cocinero miró los platos, vacíos como de costumbre, y asintió de forma inexpresiva.

—No volví a ver al dueño jamás —dice ella—. Lo del encargado fue sólo un dolor de barriga y, al día siguiente, fue él quien le llevó la comida al dueño; además, al empezar el año yo dejé el trabajo. Y luego no volví nunca al restaurante. No sé por qué, pero me daba la sensación de que era mejor mantenerme alejada. No sé, tenía una especie de presentimiento.

Ella jugueteaba con el posavasos mientras pensaba en algo.

—A veces, me parece que todo lo que ocurrió la noche del día de mi vigésimo cumpleaños fue sólo una ilusión. Que, sea por lo que sea, acabó convenciéndome de que ocurrió algo que en realidad no ocurrió. Que únicamente se trata de eso. Pero ¿sabes? Aquello sucedió, sin ningún género de dudas. Aún hoy puedo recordar al detalle, con toda claridad, cada uno de los muebles y objetos que había en la habitación 604. Aquello ocurrió de verdad y, posiblemente, tuvo un gran significado para mí.

Durante unos instantes, los dos permanecemos en silencio, tomando nuestras respectivas bebidas y pensando, tal vez, en cosas diferentes.

–¿Puedo hacerte una pregunta? –le digo–. Aunque, hablando con propiedad, son dos.

–Sí –dice ella–. Pero me imagino que lo que quieres saber no es otra cosa que cuál fue mi deseo, ¿me equivoco?

–No parece que quieras decírmelo.

–¿Eso parece?

Asiento.

Ella deja el posavasos y entrecierra los ojos como si estuviera mirando algo en la distancia.

–Los deseos no deben contarse a nadie.

–Ni yo pretendo sonsacártelo –digo–. Lo que me gustaría saber es si tu deseo se ha cumplido. Y si tú te has arrepentido alguna vez de *haber elegido el deseo que elegiste*, fuera el que fuese. Es decir, si alguna vez has pensado: «¡Ojalá hubiera pedido otra cosa!».

–La respuesta a la primera pregunta es sí y no. Mi vida todavía sigue y no sé qué va a sucederme en el futuro.

–¿O sea que es un deseo que tarda tiempo en realizarse?

–Sí –dice ella–. El tiempo desempeña aquí un papel importante.

–¿Como en la elaboración de algunas comidas?

Ella asiente.

Reflexiono un poco al respecto. Pero la única imagen que acude a mi cabeza es la de una gigantesca tarta cociéndose en un horno a baja temperatura.

–¿Y la segunda pregunta? –quiero saber.

–¿Cuál era la segunda pregunta?

–Si te has arrepentido alguna vez de tu elección.

Hay un breve silencio. Ella me mira con ojos faltos de profundidad. En sus labios aflora la sombra marchita de una sonrisa. A mí me recuerda a una renuncia silenciosa y triste.

–Yo ahora estoy casada con un miembro de la Contaduría del Estado tres años mayor que yo y tengo dos hijos –me cuenta–. Un niño y una niña. Y un *setter* irlandés. Y monto en mi Audi para ir dos veces por semana a jugar al tenis con mis amigas. Ésta es mi vida ahora.

–Pues no parece tan mala, la verdad –digo.

–¿Aunque el parachoques tenga dos abolladuras?

–¡Pero si los parachoques están para ser abollados!

–Eso tendría que ir en una pegatina –dice ella–. LOS PARACHOQUES ESTÁN PARA SER ABOLLADOS.

Le miro los labios.

–Lo que quiero decir –prosigue ella en voz baja. Se rasca el lóbulo de la oreja. Un lóbulo muy bien formado– es que una persona, desee lo que desee, llegue hasta donde llegue, jamás puede dejar de ser ella misma. Sólo eso.

–Eso tampoco quedaría mal en una pegatina: «Una persona, llegue hasta donde llegue, jamás puede dejar de ser ella misma».

Ella se ríe alegremente a carcajadas. Y aquella sombra marchita de una sonrisa desaparece como por ensalmo.

Ella hinca un codo en la barra y me mira.

–Oye, si tú hubieras estado en mi situación, ¿qué habrías pedido?

–¿Te refieres a la noche de mi vigésimo cumpleaños?

–Sí –dice.

Reflexiono durante largo rato. Pero no se me ocurre ningún deseo.

–Pues no se me ocurre nada –le digo con franqueza–. Mi vigésimo cumpleaños queda ya demasiado lejos.

–¿Nada? ¿En serio?

Asiento.

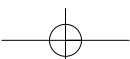
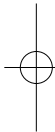
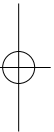
–¿Ni uno?

–Ni uno –digo yo.

Ella vuelve a mirarme a los ojos. Una mirada muy franca y directa.

–Seguro que ya lo habrás pedido –me dice.

–Pero se trata sólo de uno, hermosa jovencita, así que tienes que pensártelo muy, muy bien. –En las tinieblas, un anciano que llevaba una corbata de la tonalidad de la hojarasca alzó un dedo en el aire–. Únicamente uno. Después, no podrás cambiar de idea y echarte atrás.



La tragedia de la mina de carbón de Nueva York

Hay un hombre que, desde hace más de diez años, tiene la costumbre, bastante extraña, de encaminar sus pasos hacia el zoológico cada vez que hay un tifón o llueve torrencialmente. Es un amigo mío. Vive a unos quince minutos a pie del zoológico.

Cuando un tifón azota la ciudad, y mientras el común de los mortales va cerrando, uno tras otro, los postigos de las ventanas y corre a aprovisionarse de agua mineral y comprueba el estado de transistores y linternas, mi amigo se enfunda en una capellina impermeable suministrada por el ejército americano durante la guerra del Vietnam, se embute unas latas de cerveza en los bolsillos y se dirige al zoológico. Por ello, cuando hay un tifón, siempre se toma el día de fiesta.

Con un poco de mala suerte se encuentra con las puertas cerradas.
CERRADO POR MAL TIEMPO.

Lo que, bien mirado, no es una excusa baladí. ¿A quién diablos le va a apetecer contemplar jirafas y cebras en una tarde semejante?

Él lo acepta de buena gana, se sienta en una de las ardillas de piedra que flanquean la entrada, se bebe la cerveza que lleva en los bolsillos, ya un poco tibia, y se vuelve a casa.

Con un poco de buena suerte, la puerta está abierta.

Entonces compra la entrada, accede al recinto y, uno tras otro, va mirando con atención los animales mientras se fuma trabajosamente un cigarrillo empapado por la lluvia. El zoológico está desierto. Los animales permanecen dentro de sus guaridas. Contemplan la lluvia por las ventanas con mirada distraída y cara de pasmo, o brincan excitados al viento, o están intimidados ante el brusco cambio de la presión atmosférica, o irritados.

La primera cerveza se la bebe siempre sentado ante la jaula del tigre de Bengala (que es el que más irritado se manifiesta a causa del

vendaval) y, a continuación, se toma la segunda cerveza frente al recinto del gorila. El gorila muestra una gran indiferencia ante el tifón. Parece intrigarle mucho más la figura que tiene delante. El gorila siempre lanza miradas compasivas al hombre medio pez que se está tomando una cerveza sentado sobre el suelo de cemento. «La situación me recuerda a dos desconocidos atrapados en un ascensor averiado», me dijo él en cierta ocasión.

Sin embargo, dejando aparte lo de las tardes de tormenta, es un hombre de lo más normal. Trabaja en una empresa de origen extranjero, pequeña y poco conocida, pero de ambiente laboral agradable, que se dedica al comercio exterior; vive en un pequeño y pulcro apartamento y, cada medio año, cambia de novia. Desconozco las razones que le impulsan a cambiar de novia con tanta regularidad. Pero todas sus novias son tan similares que parecen hechas por división celular. Al menos yo no soy capaz de distinguir una de otra.

No sé por qué razón, la mayoría de la gente piensa que es un hombre anodino y algo lerdo, pero eso a él le trae sin cuidado. Tiene un coche de segunda mano en bastante buen estado, las obras completas de Balzac, un traje negro idóneo para asistir a entierros, una corbata también negra y un par de zapatos negros de piel.

Cuando muere alguien y debo asistir a un funeral, lo llamo a él. Para pedirle el traje, la corbata y los zapatos. Tanto el traje como los zapatos me van, los dos, una talla y un número grandes, pero en una ocasión así el atildamiento está fuera de lugar.

–Lo siento mucho –le digo yo siempre–. Pero tengo otro entierro.

–¡Bah! No te preocupes. Supongo que te correrá prisa. Puedes venir a recogerlo cuando quieras –contesta él siempre. Y cuando llego me encuentro, dispuestos sobre la mesa, el traje bien planchado, la corbata, los zapatos relucientes, y la nevera la tiene llena de cerveza de importación puesta a refrescar. Todo preparado, listo para que se use de inmediato. Él es así. Sin duda, únicamente una persona así se tomaría la molestia de cambiar de novia cada medio año.

–Por cierto, hace poco vi un gato en el zoológico –me dijo el otro día abriendo una cerveza.

–¿Un gato?

–Sí. Ocurrió hace unas dos semanas, cuando fui a Hokkaido de viaje de negocios. Me metí en un zoológico que había cerca del hotel y

me topé con una pequeña jaula de la que colgaba un cartel donde ponía GATO, y un gato durmiendo dentro.

-¿Qué tipo de gato?

-Un gato normal y corriente. De esos que te encuentras en todas partes. A rayas marrones, con el rabo corto, gordo a reventar. Imagínate, todo el día tumbado, durmiendo.

-¡Ah! Entonces, seguro que en Hokkaido apenas se deben de ver gatos -deduje.

-¿Bromeas? -dijo él boquiabierto-. ¡Cómo no va a haber gatos en Hokkaido! Gatos los hay en todas partes.

-Vale, pero si lo formulas al revés, ¿por qué no puede haber gatos en los zoológicos? También ellos son animales, ¿no?

-Es la costumbre. Los gatos y los perros son animales de lo más corriente. Nadie se molestaría en ir expresamente al zoológico a ver un gato o un perro. Para eso basta con echar un vistazo a tu alrededor -dijo él-. Pasa como con las personas.

Después de bebernos media docena de cervezas entre los dos, metió cuidadosamente en una gran bolsa de papel, de unos grandes almacenes, el traje envuelto en una funda de plástico, la corbata y la caja de zapatos.

-Siento andar pidiéndotelo siempre -le dije-. Tendría que comprarme uno, pero nunca encuentro el momento. Al comprarte un traje de luto, no sé, parece que se te vaya a morir alguien.

-No te preocupes. Total, yo no lo necesito. Incluso es posible que el traje prefiera que lo lleve alguien a estar colgado de la percha como un inútil -dijo.

Él mismo, desde que lo había adquirido, tres años atrás, no se lo había puesto nunca.

-Mírame a mí. Desde que lo tengo, no se me ha muerto nadie -comentó.

-Sí, estas cosas pasan -dije yo.

-¡Y tanto que sí! -exclamó.

Para mí, en cambio, aquél había sido un año de funerales. A mi alrededor, mis amigos y los que habían sido mis amigos se habían ido muriendo uno tras otro. Un cuadro parecido a un campo de maíz azotado por la sequía del verano. Yo tenía veintiocho años.

Mis amigos también contaban, más o menos, con la misma edad.

Veintisiete, veintiocho, veintinueve años... Una edad poco adecuada para morir. Los poetas mueren a los veintiún años, los revolucionarios y las estrellas del rock, a los veinticuatro. Una vez superada esa edad parece que, de momento, estés a salvo. Como mínimo, eso es lo que presupone la mayoría de la gente. Ya has dejado atrás la legendaria curva fatídica, ya has cruzado el túnel lúgubre y oscuro. Tienes por delante una recta autopista de seis carriles por la que (aunque no te apetezca demasiado) puedes volar hacia tu destino. Te cortas el pelo, te afeitas todas las mañanas. Ya no eres poeta, ni revolucionario, ni estrella del rock. Ya no duermes la borrachera dentro de una cabina telefónica, ni bebes hasta perder el sentido, ni escuchas ningún LP de los Doors a todo volumen a las cuatro de la madrugada. Has suscrito un seguro de vida por conveniencia, has empezado a beber en los bares de los hoteles, desgravas de los impuestos la factura del dentista. Porque tú ya tienes veintiocho años.

Fue justo entonces cuando empezó aquella inesperada masacre. Que se podría calificar, incluso, de ataque sorpresa.

Un apacible día de primavera nos hallábamos bajo los tibios rayos del sol, justo en el momento de cambiarnos de ropa. Se produjo un pequeño revuelo: las tallas no coincidían, las mangas estaban vueltas del revés, alguno embutía la pierna derecha en la pernera de un pantalón real mientras intentaba introducir la izquierda en la de un pantalón irreal.

La carnicería se inició con una extraña detonación.

Como si alguien hubiera emplazado una ametralladora metafísica en lo alto de una colina metafísica y ahora nos estuviera inundando de balas metafísicas.

Pero, en definitiva, la muerte no es más que la muerte. En otras palabras, salga de un sombrero o de un campo de trigo, un conejo no es más que un conejo. Un horno caliente no es más que un horno caliente y la negra humareda que se alza por una chimenea no es más que la negra humareda que se alza por una chimenea.

El primero en franquear el negro abismo que se abre entre lo real y lo irreal (o entre lo irreal y lo real) fue un amigo de mi época universitaria que trabajaba como profesor de inglés. Se había casado hacía

tres años y su mujer había ido a casa de sus padres, a Shikoku, a dar a luz.

Un domingo por la tarde, muy cálido para ser enero, compró en la ferretería de unos grandes almacenes una navaja de afeitar alemana capaz de sajarle la oreja a un elefante, y dos botes de espuma de afeitar, volvió a casa y puso el agua del baño a calentar. Luego sacó hielo de la nevera y, tras vaciar una botella de whisky, se cortó sin más las venas de la muñeca dentro de la bañera y murió. Su madre encontró el cadáver dos días después. Y la policía sacó muchas fotografías del lugar de los hechos. Con la sangre, la bañera había tomado el color del zumo de tomate. El parte oficial de la policía fue: «Suicidio». La casa estaba cerrada con llave y, ante todo, había sido el propio muerto quien había comprado la navaja aquel mismo día. Sin embargo, nadie alcanzó a comprender qué le habría impulsado a comprar espuma de afeitar (y encima dos botes), que evidentemente no iba a poder gastar.

Quizá no se acabara de hacer a la idea de que, unas cuantas horas después, estaría muerto. O quizá temiese que el dependiente adivinara su intención de suicidarse.

No dejó ninguna carta, no garabateó ninguna nota. Nada. Sobre la mesa de la cocina sólo quedaban un vaso, una botella de whisky vacía, un recipiente para el hielo y, además, los dos botes de espuma de afeitar. Probablemente, mientras se tomaba un Haig con hielo tras otro esperando a que se calentara el agua del baño no despegó los ojos de la espuma de afeitar de encima de la mesa. Y tal vez pensara lo siguiente: «Ya no tendré que afeitarme nunca más».

La muerte a una edad tan temprana como los veintiocho años es tan triste como la lluvia de invierno.

Durante los doce meses siguientes murieron cuatro amigos más.

Uno murió en marzo, en un accidente en los yacimientos petrolíferos de Arabia Saudí, o Kuwait, y en junio murieron dos más. Uno de un fallo cardíaco, otro en un accidente de tráfico. Tras una época de calma que se extendió de julio a noviembre, a mediados de diciembre murió la última amiga, también en un accidente de tráfico.

Exceptuando al amigo que se suicidó, todos tuvieron una muerte repentina, ninguno fue consciente de que se acercaba su hora. Como si hubieran estado subiendo una escalera que conocían de memoria y,

de repente, les hubiera fallado un peldaño y se hubiesen precipitado al vacío.

—¿Me extiendes el futón, por favor? —le pidió a su mujer el amigo que murió en junio de un fallo cardíaco.

Sucedió a las once de la mañana. Era diseñador de muebles. Se había levantado a las nueve y, tras trabajar un poco en su estudio, había dicho que tenía mucho sueño y se había ido a la cocina a prepararse un café. Pero el café no había logrado disipar el sopor que sentía.

—Voy a echar una cabezada —dijo—. No sé, es que siento una especie de cric-crac en la parte posterior de la cabeza.

Fueron sus últimas palabras. «No sé, es que siento una especie de cric-crec en la parte posterior de la cabeza.» Se escurrió dentro del futón, se durmió y ya no volvió a despertar jamás.

La persona que murió en diciembre fue la más joven de los fallecidos durante aquel año y, a la vez, la única mujer. Tenía veinticuatro años. Veinticuatro años: la edad en la que mueren los revolucionarios y las estrellas del rock. Una de las frías tardes de lluvia que precedió a la Navidad, mi amiga halló la muerte por aplastamiento en el trágico (y a la vez extremadamente cotidiano) espacio que se abría entre un camión de transporte de una fábrica de cerveza y un poste de la luz de hormigón.

Varios días después del último funeral, con el traje recién retirado de la tintorería y una botella de whisky de agradecimiento en los brazos, fui a visitar al dueño del traje.

—Muchas gracias. Me has sacado de un apuro. Como siempre, vamos —dije.

Tal como era de prever, la nevera estaba repleta de cerveza puesta a refrescar y el confortable sofá olía levemente a rayos de sol. Sobre la mesa, un cenicero recién lavado y una maceta con una ponsetia.

Tomó el traje envuelto en plástico y lo guardó cuidadosamente dentro de la cómoda con ademán de estar devolviendo un osezno que acaba de hibernar a su osera.

—Espero que el traje no huela a entierro —dije.

—Qué más da. Está para eso. Lo que importa no es el traje, sino lo que hay dentro.

—Sí, claro —repuse.

—Vamos, que tú este año has ido de funeral en funeral —dijo alar-

gando las piernas hacia el sofá que tenía enfrente y sirviéndose cerveza en un vaso-. ¿Cuántos han muerto en total?

-Cinco -contesté y le mostré la mano derecha con los dedos extendidos-. Pero, en todo caso, supongo que ya habrá terminado la racha.

-¿Tú crees?

-Sí. Ya ha muerto demasiada gente.

-¡Vaya! Parece la Maldición de la Pirámide -dijo-. Leí la historia. La maldición continúa mientras no haya muerto un número determinado de gente. O hasta que una estrella roja cruce el firmamento y las sombras de la luna eclipsen el sol.

Cuando nos terminamos la media docena de cervezas la emprendimos con el whisky. Los rayos del sol de aquella tarde invernal se deslizaban oblicuos hacia el interior de la estancia.

-Últimamente te veo un poco triste -dijo.

-¿Ah, sí? Es posible -dije.

-Seguro que por la noche le das demasiadas vueltas a las cosas -dijo-. Yo, de noche, dejo de pensar.

-¿Y cómo lo logras?

-Cuando parece que voy a deprimirme, empiezo a hacer la limpieza sin pensar en nada. Aunque sean, por ejemplo, las dos o las tres de la madrugada, lavo todos los platos sin dejarme uno, limpio el horno, paso un paño por el suelo de la casa, blanqueo los trapos, ordeno los cajones, plancho todas las camisas del armario -me contaba removiendo el hielo del vaso con la punta de un dedo-. Y, una vez que estoy agotado, me tomo una copa, sólo una, y me duermo. Muy sencillo. Por la mañana, cuando, al levantarme, me pongo los calcetines, ya lo he olvidado todo. Ni siquiera recuerdo en qué estaba pensando.

Repasé el interior de la habitación con los ojos. Estaba muy limpia y ordenada, tan pulcra como de costumbre.

-A las tres de la madrugada, a todo el mundo le vienen a la cabeza muchas cosas. Pensamos en esto y en lo de más allá. A todos nos ocurre lo mismo. Y todos debemos encontrar nuestro propio método para evitarlo.

-Sí, tal vez -admití.

-A las tres de la mañana, también los animales piensan, ¿sabes? -me lo dijo como si se le hubiera ocurrido de repente-. ¿Has ido alguna vez al zoo a medianoche?

-No -le respondí distraído-. No, claro que no.

–Yo fui una vez. Conozco a un hombre que trabaja en el zoológico y, una vez que tenía turno de noche, le insistí mucho para que me llevara. Es que no se puede, ¿sabes? –dijo él agitando el vaso–. Fue una experiencia realmente extraña. Es imposible explicarlo con palabras, pero me dio la sensación de que la tierra se abría en silencio y de que algo salía reptando de su interior. Y que esa cosa invisible que se había escurrido hacia fuera vagaba libremente por la oscuridad de la noche. Era algo parecido a una masa de aire helado. Yo no lo veía. Pero los animales lo sentían. Y yo sentía lo que los animales sentían. Porque, en definitiva, la faz de la tierra que nosotros pisamos conduce al mismo centro del globo terráqueo, y éste, a su vez, ha absorbido una cantidad asombrosa de tiempo.

Yo permanecía en silencio.

–No pienso volver jamás a un zoológico a medianoche.

–¿Es mejor con los tifones?

–Sí –dijo–. Muchísimo mejor

Sonó el teléfono. Él contestó en su habitación. Al parecer era una de las interminables llamadas clónicas de una de las novias clónicas. Yo quería decirle que me iba a casa, pero pasaban los minutos y él no volvía. Me resigné a poner la televisión. Era un televisor en color de veintisiete pulgadas y sólo con rozar un botón del mando a distancia que había al alcance de la mano cambiaba de canal sin ruido. Gracias a sus seis altavoces, el sonido era excelente. Nunca había visto un televisor tan fabuloso.

Tras cambiar de canal dos veces, siguiendo los botones de arriba abajo, decidí ver las noticias. Un incidente fronterizo, un edificio en llamas, valuación y devaluación de la moneda. Restricciones en la importación de automóviles, un campeonato de invierno de natación, el suicidio de una familia. Me dio la impresión de que cada uno de esos sucesos estaba ligado al otro, como los alumnos de una fotografía donde aparecen posando de pie el día de su graduación en el instituto.

–¿Algo interesante en las noticias? –me preguntó él al volver.

–¡Uf! –le respondí.

–¿Ves mucho la tele?

Sacudí la cabeza.

–No tengo televisor.

–La televisión tiene, como mínimo, un punto positivo –dijo él tras

reflexionar unos instantes-. La puedes apagar cuando quieres. Y, aunque lo hagas, nadie va a quejarse.

Él tomó el mando a distancia y pulsó el botón de *off*. Al instante se borró la imagen de la pantalla. La habitación quedó en silencio. Al otro lado de la ventana empezaban a brillar las luces de los edificios.

Durante unos cinco minutos, estuvimos tomando whisky sin hablar de nada en concreto. El teléfono sonó de nuevo, pero esta vez él lo ignoró. Cuando dejó de sonar, pulsó de nuevo el botón de *on*. La imagen volvió a la pantalla de inmediato y se oyó al comentarista explicar las últimas fluctuaciones del precio del petróleo mientras señalaba con un puntero las curvas del gráfico que se encontraba a sus espaldas.

-¿Ves? Ese hombre ni siquiera se ha enterado de que hemos tenido la tele apagada cinco minutos.

-Sí, es cierto -admití.

-¿Y sabes por qué?

Me daba pereza pensar, así que sacudí la cabeza.

-Porque en el instante en que la apagas una de las dos partes deja de existir. O nosotros o el hombre, no importa cuál. En cualquier caso, basta con rozar el botón para que se corte o se inicie la comunicación. Es muy cómodo.

-Pues sí. También se puede ver de esta forma -dije.

-Hay miles de maneras de ver las cosas. En la India crecen las palmeras. En Venezuela arrojan a los presos políticos desde los helicópteros -dijo él y volvió a apagar la televisión-. No quiero hablar de la gente. Pero en este mundo también hay muertes que no acaban en un funeral. También hay muertes que no huelen.

Asentí en silencio. Me daba la impresión de entender lo que quería decirme. Pero, a la vez, de no comprenderlo en absoluto. Estaba cansado, algo confuso. Permanecí unos instantes acariciando las verdes hojas de la *ponsetia* con las yemas de los dedos.

-¿Sabes? Tengo una botella de champán -dijo él con expresión seria-. La traje de Francia de mi último viaje de negocios. No entiendo gran cosa de champán, pero éste tiene que valer mucho la pena. ¿Nos lo bebemos? Después de tantos entierros, te lo mereces.

-¿No lo tenías reservado para tomártelo con alguna chica en Nochebuena? -le pregunté.

Él trajo la botella de champán fría, dos copas limpias, lo depositó todo en silencio sobre la mesa. Esbozó una sonrisa terriblemente irónica.

–El champán no sirve para nada. Lo único que cuenta es el momento de descorchar la botella.

–¡Ah, ya! –dijo admirado.

La descorchamos, hablamos del zoológico de París y de sus animales. Era un champán realmente superior.

A finales de año hubo una fiesta. Se celebraba todas las Nocheviejas en un local de Roppongi alquilado para la ocasión. Un *piano trio* amenizaba la velada, la comida y la bebida eran excelentes. Si te topabas con algún conocido, charlabas un rato. Había algunas razones (todas ellas relacionadas con mi trabajo) que me obligaban todos los años a acudir. A mí no me gustan las fiestas, pero aquélla era bastante fácil de sobrellevar. En Nochevieja yo no tenía otra cosa que hacer y, además, bastaba con que te sentaras solo en un rincón y escucharas tranquilamente la música tomándote una copa. No había ningún pesado, nadie se empeñaba en presentarte a nadie, no cabía la posibilidad de encontrarte atrapado en largas disquisiciones de media hora sobre cómo la dieta vegetariana puede llegar a curar el cáncer.

Sin embargo, esta vez me presentaron a una mujer. Tras intercambiar unas palabras con ella, intenté retirarme a mi rincón como tenía por costumbre. Pero ella, con el vaso de whisky con agua en la mano, me siguió.

–Le he pedido yo que nos presentara –dijo ella afablemente.

No era una belleza de esas que te hacen volver la cabeza a su paso, pero era simpatiquísima. Llevaba con donaire un vestido de seda azul muy caro. Debía de tener unos treinta y dos años. De habérselo propuesto, habría podido quitarse con toda tranquilidad algunos años, pero no parecía considerarlo necesario. Lucía tres anillos en total y sus labios esbozaban una sonrisa pálida como un atardecer brumoso.

–¿Sabes? Eres idéntico a alguien que conozco –dijo ella–. La fisonomía de la cara, la figura, tenéis un aire idéntico, la misma manera de hablar. Es increíble lo mucho que os parecéis. Te he estado observando desde que has llegado.

–Si tan iguales somos, me gustaría conocerlo –dijo. Eso es cuanto se me ocurrió decir.

–¿De veras?

–Pues, sí. Me gustaría saber qué se siente al conocer a alguien que es idéntico a ti.

Su sonrisa se acentuó por un instante y luego volvió a suavizarse.
-Ya no es posible -replicó ella-. Murió hace cinco años. A la misma edad que debes de tener tú ahora.

-¿Ah, sí? -dije.

-Lo maté yo.

El *piano trio* finalizó su segunda interpretación y unos distraídos aplausos estallaron en torno a nosotros.

-¿Te gusta la música? -me preguntó ella.

-Si se trata de buena música en un mundo bueno, sí.

-En un mundo bueno no hay buena música -dijo ella como si me revelara un gran secreto-. En un mundo bueno, el aire no vibra.

-¡Ah, claro! -exclamé. No había otra respuesta posible.

-¿Has visto aquella película en la que Warren Beatty toca el piano en un *night club*?

-Pues no.

-Elizabeth Taylor es una clienta, una mujer muy pobre, miserable.

-¡Ah!

-Y Warren Beatty le pregunta a Elizabeth Taylor si hay alguna canción que ella quiera escuchar.

-¿Y entonces? -le pregunté-. ¿Le pide Elizabeth Taylor que toque alguna canción?

-No me acuerdo. Es una película muy vieja -dijo ella y se tomó un trago de whisky haciendo refulgir sus anillos-. Pero yo lo odio, ¿sabes? Lo de ir pidiendo canciones. Me deprime. Me pasa como con los libros que saco de la biblioteca. Una vez los empiezo, ya sé cómo terminan.

Ella se puso un cigarrillo entre los labios, yo se lo encendí con una cerilla.

-Por cierto -dijo ella-. Estábamos hablando del hombre que se parecía a ti.

-¿Cómo lo mataste?

-Lo arrojé dentro de una colmena.

-Es mentira, supongo.

-Lo es -dijo ella.

En vez de soltar un suspiro, tomé un trago de whisky. El hielo se había fundido por completo y el whisky apenas tenía sabor.

-Claro que, en términos legales, no se trató de un asesinato -dijo ella-. Tampoco se puede considerar un asesinato si lo miramos desde un punto de vista moral.

-O sea, que no fue asesinato, ni legal ni moralmente hablando.

-Aquello no me interesaba especialmente, pero hice el sumario de lo mencionado hasta el momento-. Pero tú mataste a alguien.

-Exacto -dijo ella asintiendo divertida-. A alguien que se parecía a ti.

Al otro lado de la estancia, alguien estalló en carcajadas. Quienes lo rodeaban rieron a coro. Se oyó un entrechocar de vasos. El sonido era lejano, pero increíblemente nítido. No sé por qué, pero el corazón empezó a latirme con furia. Se me dilataba, oscilaba de arriba abajo. Sentí como si estuviera andando por una superficie que flotase por encima del agua.

-No tardé más de cinco minutos -dijo-. En matarlo. -Siguió un silencio. Ella parecía deleitarse en la reacción de él-. ¿Has pensado alguna vez en la libertad?

-Pienso a veces -dije yo-. ¿Por qué me lo preguntas?

-¿Sabrías dibujar una margarita?

-Probablemente... ¡Caramba! Esto parece un test de personalidad.

-Casi, casi -dijo ella riendo.

-¿Y qué? ¿Lo he pasado?

-Sí -respondió ella-. Tranquilo. No te preocupes. Seguro que llegas a viejo. Tengo esa intuición.

-Muchas gracias -dije.

El conjunto de música empezó a tocar *Auld Lang Syne*, la hora del adiós.

-Las once cincuenta y cinco -dijo ella tras echar una ojeada al reloj de oro que llevaba colgado de una cadena-. Me encanta *Auld Lang Syne*. ¿Y a ti?

-Yo prefiero *Home on the Range*. Salen ciervos y búfalos.

Ella sonrió una vez más.

-Parece que te gustan los animales.

-Sí, los animales me gustan -dije. Y de repente me acordé de mi amigo amante de los zoológicos y del traje de los funerales.

-Me ha encantado hablar contigo. Adiós -se despidió.

-Adiós -dije yo.

Apagaron las linternas de un soplo para economizar oxígeno y de pronto se hallaron sumidos en una oscuridad negra como la tinta. Nadie hablaba. Sólo se oía el resonar de las gotas de agua que caían del techo a intervalos de cinco segundos.

—¡Respirad lo menos posible! ¡Queda muy poco aire!

Lo dijo el minero más viejo. Fue un murmullo casi imperceptible, pero la placa de roca del techo chirrió levemente. En las tinieblas, los mineros se apretujaron los unos contra los otros, aguzaron el oído esperando oír un único sonido. El sonido de la piqueta. El sonido de la vida.

Llevaban largas horas esperándolo. Las tinieblas habían ido borrando poco a poco el sentido de la realidad. Todo parecía haber ocurrido mucho tiempo atrás en un mundo lejano. O quizás estuviera a punto de ocurrir en el futuro en un mundo remoto.

«¡Respirad lo menos posible! ¡Queda muy poco aire!»

Fuera seguían excavando, por supuesto. Era como una escena de película.

